

LA DEBILIDAD DE LA POLÍTICA

Uno de los inconvenientes del desmantelamiento de los servicios públicos, la desregulación neoliberal o el escándalo que produce la corrupción es que nos hace olvidar el verdadero problema de la política, el más habitual, el que no se explica cómodamente por la conducta inapropiada de unos cuantos, sino que tiene un carácter estructural: su debilidad, la impotencia pública a la hora de organizar nuestras sociedades de una manera equilibrada y justa. Descubrir a los culpables es una ocupación necesaria pero suele dificultar los diagnósticos, porque tendemos a pensar que el problema ya ha sido resuelto por la policía y los jueces. Si de algo podemos estar seguros es de que una política en la que no hubiera corrupción no equivaldría necesariamente a una buena política.

Si miramos las cosas con más detenimiento observaremos un problema aún más grave: la erosión de la capacidad de los países democráticos para construir un poder público legítimo y eficaz. Tenemos los casos más bien extremos de los “estados fallidos”, como los “estados cautivos” por los cárteles de la droga y el terrorismo, de estados aparentemente fuertes como Rusia, cuya soberanía está sometida al chantaje económico, o la dificultad de los países en los que tuvo lugar la llamada primavera árabe a la hora de transformar la movilización democrática en construcción institucional.

Pero la situación no es menos dramática en países de larga tradición democrática, donde la intervención de los estados para gobernar los mercados se enfrenta a numerosas dificultades que ponen en jaque su autoridad: la evasión fiscal, el peso asfixiante de la deuda, los efectos deslegitimadores de la austeridad pública, la dificultad de relanzar la actividad económica desde la intervención pública, el estado que pierde saber experto y competencia, los problemas de gobernabilidad, la incapacidad de regular, una administración desencantada y carente de visión, el estado del bienestar a la defensiva o en plena retirada, el servicio



DANIEL INNERARITY

CATEDRÁTICO DE FILOSOFÍA POLÍTICA Y SOCIAL,
INVESTIGADOR "IKERBASQUE" EN LA UPV/EHU
Y DIRECTOR DE GOBERNANCE-INSTITUTO DE
GOBERNANZA DEMOCRÁTICA

público degradado a los criterios de la gestión... Todas estas constricciones no son sino manifestaciones de la dificultad del estado a la hora de formular, representar y construir el interés general.

Puede que estemos haciendo un diagnóstico equivocado de la situación como si el origen de nuestros males fuera el poder de la política y no su debilidad. La regeneración democrática debe llevarse a cabo de manera muy distinta cuando nuestro problema es que nos tenemos que defender frente al excesivo poder de la política o cuando el problema es que otros poderes no democráticos están sistemáticamente interesados en hacerla irrelevante. Y tengo la impresión de que no acertamos en la terapia porque nos hemos equivocado de diagnóstico.

Comparto en principio todas aquellas medidas que se proponen para limitar la arbitrariedad del poder, pero no estoy de acuerdo con quienes consideran que este es el problema central de nuestras democracias en unos momentos en los que nuestra mayor amenaza consiste en que la política se convierta en algo prescindible. Con esta amenaza me refiero a poderes bien concretos que tratan de neutralizarla, pero también a la disolución de la lógica política frente a otras lógicas invasivas, como la económica o la mediática, que tratan de colonizar el espacio público. Debemos resistirnos a que las decisiones políticas se adopten con criterios económicos o de celebridad mediática porque en ello nos jugamos la imparcialidad que debe presidir el combate democrático.

Esta debilidad de la política se explica por una serie de causas que podrían agruparse en tres factores. En primer lugar, los poderes públicos han perdido su tradicional referencia a una territorialidad determinada y este espacio ahora se les escapa, hacia dentro y hacia fuera, debido a las dinámicas de la globalización y las fragmentaciones internas. En segundo lugar, el estado ha perdido su capacidad de síntesis frente a una vida política que tiende a radicalizarse, de lo que son ahora un

ejemplo elocuente las dificultades de Obama a la hora de superar la polarización o los problemas de gobernabilidad en Italia. Finalmente, la legitimidad del estado se pone en cuestión cuando la especificidad de la acción pública es medida con los criterios de eficacia de los actores privados, de lo que ahora no parece librarse ni siquiera la universidad. Así pues, el estado ha dejado de ser un lugar de conjunción entre un territorio, una comunidad, una legitimidad y una administración.

La regeneración democrática debe llevarse a cabo de manera muy distinta cuando nuestro problema es que nos tenemos que defender frente al excesivo poder de la política o cuando el problema es que otros poderes no democráticos están sistemáticamente interesados en hacerla irrelevante

Deberíamos reflexionar seriamente acerca de las posibilidades de la política para producir innovaciones sociales. Más preocupante que la corrupción es el hecho de que la política haya visto cómo se estrechaba notablemente su espacio de configuración si lo medimos con las expectativas que en ella habíamos depositado las sociedades democráticas. Esta debilidad es más llamativa cuando se contrasta con el dinamismo de otros sistemas sociales, como la economía o la cultura, cuya regulación corresponde precisamente al sistema político. En nuestras sociedades conviven una acelerada innovación en los ámbitos de las finanzas, la tecnología, la ciencia y la cultura con

una política lenta y marginalizada. La preocupación por este retroceso debería ser el origen de una renovada reflexión acerca de lo que podemos y debemos esperar hoy razonablemente de ella. Y es que hace tiempo que las innovaciones sociales no proceden de las instancias políticas sino que se desarrollan en otros espacios sociales. La política ya no concibe sino que, en el mejor de los casos, repara, desde una crónica incapacidad para entender los cambios sociales y anticipar escenarios futuros.

Más preocupante que la corrupción es el hecho de que la política haya visto cómo se estrechaba notablemente su espacio de configuración si lo medimos con las expectativas que en ella habíamos depositado las sociedades democráticas

Las propuestas de regeneración de la vida democrática no necesitan tanto iniciativas legislativas o reformas de la administración como recuperar una visión estratégica de largo plazo. No estamos en la hora de las promesas electorales sino de los grandes diseños que son resultado de un amplio debate social. Si en algún momento fue más necesaria que nunca la reflexión democrática es ahora, en medio del actual desconcierto, si es que todavía aspiramos a superar la dictadura del instante e impedir que la política se deslice hacia una reparación (en el mejor de los casos) de lo inmediato.

¿Cómo fortalecer la democracia y hacer de la política una actividad verdaderamente configuradora del espacio social? Superando su déficit estratégico y haciendo de ella una actividad inteligente.

Esto implica que nos relacionemos con el futuro de otra manera, más estratégica y menos oportunista, que convirtamos a la política en una

reflexión colectiva en torno al futuro y su configuración democrática. Las actuales dificultades para abordar las reformas institucionales se deben, por supuesto, a la cortedad estratégica de los principales agentes, pero también a una incapacidad de anticipación del futuro. Las aplazadas reformas territoriales, las dificultades a la hora acordar una estrategia compartida para la salida de la crisis o el hecho de que las reformas educativas parezcan inabordables fuera de los ciclos electorales y los intereses de partido, todo ello es el resultado de la tiranía del corto plazo en la que chapotean nuestros sistemas políticos. La política actual padece un gran déficit de capacidad estratégica; sus principales actores son administradores aplicados que trabajan en un horizonte temporal muy corto y ceden con frecuencia a la tentación de desplazar las dificultades al futuro a costa de las siguientes generaciones.

Es necesario levantar la vista por encima del detalle o la ocupación de lo urgente, de manera que superemos nuestra corta visión, el correspondiente oportunismo y nuestra limitada capacidad de aprender. Solo si la política recupera capacidad estratégica conseguirá pasar del mundo de las reparaciones al de las configuraciones. La democracia ha demostrado en estos últimos 200 años una gran capacidad para la adaptación y el cambio gradual, pero parece poco dotada para aprendizajes reflexivos o de segundo orden, para procurarse una capacidad estratégica, especialmente en entornos de grandes transformaciones. Una de las cosas sobre las que hay que reflexionar es qué tipo de problemas no pueden resolverse con los recursos disponibles y requieren otro tipo de tratamiento, porque son este tipo de problemas los que colapsan nuestros sistemas políticos.

¿Cómo aprende o puede aprender el sistema político? ¿Cómo conseguimos que el poder no sea incorregible? Lo primero que tiene que hacer “el soberano que aprende” (Brunkhorst) es reconocer que se trata de una actividad que tiene que tramitar más incertidumbre de la que impera en otras actividades humanas. Forma parte de la naturaleza de la política una imprevisibilidad mucho más radical que en otros asuntos u oficios. La inteligencia política consiste en la adquisición de unas competencias básicas generales, capacidad de aprendizaje e innovación en orden a una adecuada gestión de la incertidumbre. En este ámbito todos los agentes



políticos -partidos, sindicatos, movimientos sociales, instituciones, gobiernos- padecen de una cortedad de vista. La capacidad de aprendizaje de las sociedades democráticas se asegura a través de instituciones que producen no solo saber y normas sino también la capacidad de tramitar incertidumbres. Instituciones como la escuela, la ciencia, la universidad, el parlamento o los medios de comunicación no son lugares de transmisión de saberes, ordenes o valores indiscutibles, sino lugares en los que se desarrolla nuestra capacidad de gestionar la capacidad para desenvolverse en un entorno caracterizado por la pluralidad de saberes y valores. En una sociedad democrática las decisiones colectivas han de tomarse en medio de unas condiciones cambiantes y discontinuas, en entornos caracterizados por el saber inestable, la competición política, el pluralismo de valores y los intereses en conflicto. Al mismo tiempo, la democracia implica la capacidad de poner en marcha procesos con resultado imprevisible. De ahí la importancia de asegurar la institucionalización de procesos colectivos de aprendizaje.

La política tiene que aprender porque opera en un entorno caracterizado por el dinamismo y la inestabilidad, pero sobre todo por la estrecha relación que la política guarda con el futuro. La política es el intento de civilizar el futuro, de impedir su clausura o su colonización por un pasado determinante, por el cierre de las oportunidades o por la mera inercia administrativa. Por eso uno de los mayores desafíos actuales consiste en introducir procedimientos de reflexión en una vida política que suele estar dominada por lo inmediato: por la tiranía del presente, la inercia administrativa o la desatención hacia lo común.

La toma de decisiones está habitualmente organizada como si los gobiernos fueran los que mejor conocimiento tienen de la situación. Pero lo cierto es que el conocimiento está muy disperso en la sociedad y los gobiernos no tienen otro remedio que beneficiarse del acceso a ese saber disperso, en un momento en el que, además, la producción colectiva de conocimiento se ha incrementado exponencialmente con las nuevas tecnologías. Aprender tiene un significado normativo y crítico que diferencia al soberano antiguo del moderno y democrático. La obligación de aprender quiebra la idea de un soberano que lo sabe todo o que tiene un acceso privilegiado al saber. Soberano es el que

sabe que no lo sabe todo y por eso está dispuesto a aprender.

Al mismo tiempo, está claro que la racionalidad colectiva no puede ser construida agregando sin más las utilidades individuales: el mercado no puede funcionar sin un marco institucional que incluye otras lógicas y la buena organización de la sociedad exige formas de articulación política de los intereses. La cuestión de cómo configurar democracias inteligentes, una inteligencia en red o una “smart governance” es un asunto crucial. Hay quien lo ha formulado con la idea de un “wiki-governement”. En cualquier caso, hay que volver a diseñar las instituciones de gobierno en la era de las redes. La gobernanza efectiva en el siglo XXI requiere colaboración organizada. Se trataría de transformar las jerarquías en ecosistemas de conocimiento colaborativo y cambiar así radicalmente la cultura de gobierno desde un saber experto centralizado a otro en cuyo diseño la revisabilidad ocupe un lugar central. Los aprendizajes en política requieren procesos de reflexión en los que se observen las consecuencias de los cambios introducidos, los posibles efectos no deseados y se elabore una evaluación compartida de las políticas públicas.

**Solo si la política recupera
capacidad estratégica
conseguirá pasar del mundo
de las reparaciones al de las
configuraciones**

El intenso debate que ha tenido lugar en los últimos años en torno a las posibilidades de transformar deliberativamente la democracia se inscribe en este contexto. Las sociedades aprenden a través de procesos de inteligencia colectiva. Entre esas “comunidades epistémicas” (Peter Haas) destacan los procedimientos de deliberación política a través de los cuales se combate colectivamente la perplejidad y se forma el juicio cívico. Si tiene sentido este esfuerzo común es porque la ignorancia a

la que ha de hacer frente la política es descomunal. La inteligencia es algo que sólo se ejerce compartidamente. Una sociedad madura ensaya procedimientos, ámbitos e instituciones para experimentar acerca de sí misma, para dotarse de espacios de reflexión y deliberación. Y esto es algo que solo puede hacerse comunicativamente porque -no lo olvidemos- comunicar es lo que se hace cuando se ignora y se quiere superar esa ignorancia. Lo demás son rituales de notificación.

La idea de una democracia deliberativa subraya la centralidad de los procesos y las instituciones para formar una voluntad común frente a un modelo de democracia entendida como mera negociación de opiniones y preferencias ya establecidas. La esfera pública es un espacio donde podemos convencer y ser convencidos, o madurar juntos nuevas opiniones

La idea de una democracia deliberativa subraya la centralidad de los procesos y las instituciones para formar una voluntad común frente a un modelo de democracia entendida como mera negociación de opiniones y preferencias ya establecidas. La esfera pública es un espacio donde podemos convencer y ser convencidos, o madurar juntos nuevas opiniones. Los debates sirven precisamente para generar una información adicional que puede confirmar pero también modificar nuestros puntos de partida. En el modelo republicano de esfera pública lo que está en un primer plano no son los intereses de los sujetos ya dados de una vez por todas o visiones del mundo irremediabilmente incompatibles, sino procesos comunicativos que contribuyen a formar y transformar las opiniones, intereses e identidades de los ciudadanos. El fin de tales procesos no es satisfacer intereses particulares o asegurar la coexistencia de diferentes concepciones del mundo, sino elaborar

colectivamente interpretaciones comunes de la convivencia. Los procesos son decisivos, ya que los intereses y las preferencias de los ciudadanos no están predeterminados ni constituyen, por lo general, un todo coherente. Con mucha frecuencia los actores no saben con exactitud lo que quieren ni en qué consiste su interés más auténtico. Con otras palabras: es el proceso democrático el que permite que los participantes se aclaren respecto de sí mismos y se formen una opinión acerca de aquello que está en juego. La fuerza política de la deliberación se acredita precisamente en su capacidad de institucionalizar el descubrimiento colectivo de los intereses.

Comencé diciendo que la principal perspectiva social y política que tenemos actualmente, nuestro principal desafío, es, a mi juicio, desarrollar una política inteligente y reflexiva, situar a la política a la altura de las exigencias que plantea una sociedad del conocimiento. Ahora bien, me pregunto para concluir, ¿se puede pensar en medio de la política? De entrada, no parece esta una actitud propia de la mayor parte de los actores políticos, dominados por una agitación superficial y especialmente sometidos a la dictadura de lo inmediato. Pero en el fondo todos sabemos que con el activismo no se combate la perplejidad, sólo se disimula. Nunca vamos tan rápidos como cuando no sabemos a dónde vamos. Por eso una de las tareas de toda crítica política es desenmascarar esa falsa movilidad, aquellas formas de pseudoactividad cuya aceleración y firmeza se deben precisamente a que no se tiene ni idea de lo que pasa. Puede que en otras épocas pensar fuera una pérdida de tiempo; en la nuestra -cuando no podemos contar con la estabilidad de marcos y conceptos, ni confiar cómodamente en las prácticas acreditadas- pensar es un ahorro de tiempo, un modo radical de actuar sobre la realidad.

